

ESTAMPA DEL PUEBLO HUMILDE

¡UNA BOBADA!

Próximo a aparecer el primer volumen de una colección de cuentos y estampas campesinas de este ilustre colaborador de «ALCÁNTARA», nos complacemos en publicar la titulada «¡UNA BOBADA!» como muestra de lo que será el contenido de tales volúmenes. (N. de la R.)

ALGUNA vez, en sus ratos de buen humor, Chuchi y Lili evocan los recuerdos del veraneo.

—Oye, ¿te acuerdas de aquella muchacha rubia que hacía en la playa puntilla con mamá?

—¿Te refieres a aquella que se incomodaba cuando la llamaban Isabelita? ¡Pobrecilla! Decía que los diminutivos, cuando no se aplican a los niños, dejan de ser caricia y sólo sirven para disimular la poca importancia que se da con ellos a las personas mayores. ¡Qué ranciedad, hija! Era una cosa muy seria. Por poco nos tronchamos Pochín y yo cuando se nos ocurrió ver lo que contenía el bolso que se dejó olvidado junto a mamá. Leimos la carta del novio. La encabezaba: «Mi inolvidable Isabel» y se despedía con un «siempre tuyo». ¡Para desencuadernarse!

Y Lili, recordando esto, rompe a reír de un modo especial, como tarareando la risa, con ese «chic» que es la elegancia íntima y que consiste en «maquillar» la voz para que no suene a cristal puro, de acento humano como Dios la hizo.

Otro día las dos hermanas se sienten fastidiadas de haber visto en la semana tres estrenos teatrales y haber ido cuatro tardes a bailar danzas exóticas al más moderno salón de té.

—Me aburro como una ostra, Lili—dice Chuchi bostezando—Imagínate: otra semana con el mismo plan. ¡Piensa algo, por Dios, piensa algo que me divierta!

—¿Ya has despedido a Polu?

—¡No me lo nombres! ¡Me pone nerviosa, me crispa, me enfurece! ¡Qué plomo!

—Pues ése no es de los que encabezan las cartas con la frase «Mi inolvidable» y se despiden con el «siempre tuyo». También Pochín y yo te leimos una de las cartas que te dirigía: «Perrucha chata... Te quiere horrores y te haría engrudo, tu Polu».

Chuchi bosteza. Parece que la pesadumbre de la tarde se filtra por el balcón cerrado al viento y al cielo y está lánguida, aplomada, bajo el peso del ocio y el de su propia inanidad.

De pronto se levanta con resolución.

—¿Quieres—exclama—que propongamos a mamá hacer una excursión a ese pueblo?

—¿Al de aquella mosquita muerta?

—Sí, al de la damisela de la puntilla. Figúrate. Sería un viaje cañón. Nos presentamos sin avisar y decimos que se nos ha ocurrido ir a tomar el té. ¿Tú calculas? ¡El té, Lili, el té! Ya me estoy imaginando la cara de espanto que van a poner cuando les pidamos un té. Nos reiremos luego un rato largo. Y conoceremos en su propia salsa a ese novio romántico que encabeza las cartas de amores y se despide de la novia como nuestro bisabuelo. Anda, vamos a convencer a mamá para que nos deje ir mañana. A última hora, si no quiere que vayamos solas, va con nosotras una «carabina» y en paz.

El automóvil avanza hacia el pueblecito. Atrás van quedando bosques de encinas, olivares de un azul desteñido, viñas recién brotadas y labrantíos tupidos de alto follaje. Y quedan también, rezagadas en la carretera, esas vidas humildes que miran con curiosa melancolía el paso de un automóvil de lujo que se aleja rauda, dejándolas abandonadas en el camino.

Asoma el pueblo. Alza una torre renegrida, coronada por nidos de cigüeñas. Tejados musgosos, casas bajas que tienen portadas con jambas de cantería y ese color pardo, de tierra y agua, que parece el polvo del olvido que los años han ido pegando al pueblo.

Pero las elegantes viajeras, que han ido para «desasnarlo» por unas horas, se sienten algo decepcionadas de esta mansedumbre con que el pueblo se deja poseer. Más bien las envuelve con un soplo cálido que trasciende a humildades. Y se dijera que les ofrece, como un agasajo, la paz. Una paz que ellas no conocen ni han saboreado nunca. Paz en el cielo y paz en estos callejones que atraviesan, enfilados por altos tapiales por donde asoman duraznos y limoneros. Huelen como a vecindad de almas, llanas como ellas y campechanas, estas calzadas, estos altozanos, estas calles pardas y mansas que se llaman calle del Moral, calle del Pozoclaro, calle de la Golondrina. ¡Qué lejos aquí de la vida, a trescientos kilómetros de Madrid! en esta plaza llena de sol donde el tintineo de la bigornia del herrador suena como una esquila y donde una muchacha va cantando su pregón con música de saeta: «¡Nazurones fresquitos!».

—Oye, Lili, ¿qué serán «nazurones»?

—¿«Nazurones»? Eso digo yo: ¿qué serán «nazurones»?

La salita, donde recibe a las excursionistas la familia de Isabel, es muy clara y acogedora. Tiene una ventana que da al patio y por ella se ven seis naranjos cuajados de azahar.

Doña Clara, la madre de Isabel, se hace cruces por la llegada de las forasteras.

—¡Jesús, Jesús, qué sorpresa! ¿Cómo nos lo íbamos a figurar?

Lili quiere que le enseñen la casa. En el deseo oculta el propósito de celebrar luego en Madrid la cursería de cosas que tengan en el salón y en las dependencias estas pobrecitas bobas. La pieza de la cocina donde se enciende la lumbre hogareña es ancha y profunda.

Tiene banquetas de nogal y cerámica de Talavera en la repisa de una enorme chimenea de campana. En las paredes de esta pieza cabezas de ciervo muestran el árbol rameado de su cornamenta. Son amplios también el salón grande, amueblado con discreto lujo, los dormitorios y la cocinilla donde se guisa. El patio es un cuadrado lleno de claridad y del tono verde de los naranjos y enredaderas. Más allá del patio se ven las corralizas y el huerto.

—¡Ah! pues es inmensa y muy cómoda esta casa—dice sorprendida Chuchi.

—¡Muy vieja!—responde con modestia doña Clara.

De pronto Lili suelta la bomba que traían preparada.

—Isabel, nos darás té, ¿verdad?

—¿Por qué no? Como lo toméis en Madrid, si no queréis merendar al estilo casero de aquí.

—¡Té, té!—reclama Lili, con su oculto designio.

—Como queráis. Os haremos té.

¡Lo que se van a reír las madrileñas con este té pueblerino! Pero la palabra *cursi*, que ellas traen a flor de labio, anda ya huidiza con sólo ver los preparativos para lo que llama doña Clara «aperitivo» del té. La señora ha hecho partir lonchas de embutido casero y filetes de magro curado y trae como una tarta blanca y mantecosa que huele a cuajo y a cascina.

—Para untar, si queréis, rebanaditas de pan tostado con miel. Con nazurones.

—¡Ah! ¿Esto es el nazurón?

—Requesón de leche de oveja, recién hecho. El té con pastas es un lavatripas, hijas, las cosas claras. Después de una excursión como la vuestra y con lo mal que habréis comido en cualquier fonda del camino, necesitáis tomar algo que se pegue al riñón, y dispensad los términos. Aquí el té, al estilo elegante de Madrid, sólo lo toman los enfermos cuando les duele algo.

—¡Está muy rico este embutido! ¿Verdad que está muy rico?—pondera Chuchi dirigiéndose a su hermana.

—¡Riquísimo!—asiente Lili—Y no sabe a laboratorio ni a tienda como el de Madrid.

Y es una dulzura suave y afectuosa la que va ganando las voluntades de las excursionistas para ser huéspedes por algún día más de la casa.

—¡No faltaba más!—dice doña Clara—¡Irse esta misma noche a Madrid! ¡Jesús, Jesús, ni pensarlo! La noche se ha hecho para descansar y no para ir rodando por esos caminos. Y decidme, hijas, porque yo estoy ya un poco trascordada, ¿quién de vosotras es Lili y quién es Chuchi para que no me equivoque? Ya, con el tiempo que hace que no os veo, me confundo.

—Esta Chuchi—dice Lili señalando a su hermana—y yo ya lo sabe usted: Lili. En Madrid también nos confunden. Tonfo no acierta una sola vez. Nos ve de espaldas y, si nos llama, siempre lo hace cambiándonos los nombres. ¡Pero hay que ver la burrada de idiota que es Tonfo!

—¿Cómo has dicho, hija?

—Tonfo: un amigo del club.

Doña Clara pone una cara de esas que llaman las madrileñas de boba. Y dice por lo bajo a Isabel:

—Chuchi y Lili y ahora Tonfo. ¡Jesús, hija, no parecen nombres de cristianos!

Las dos madrileñas no salen de su asombro. Porque este novio de Isabel, que ya entra en casa y lleva relaciones formales, si bien parece tímido, no tiene ese artificio adobado y un poco mostrenco del club. Y no resulta cursi diciendo «a sus pies», porque lo sabe decir con una expresión de gentileza que suena a homenaje de la femineidad, a lo que ellas no están acostumbradas. Por primera vez, lejos de la camaradería de Tonfo, Pochín y Polu, se ven las viajeras tratadas como mujeres y casi les agrada saber, por esto, que lo son.

Este novio de Isabel echa un párrafo aparte con Chuchi. Y habla a la muchacha de su prometida con una vehemencia llena de calidces. A ninguno de los amigos del club ha oído nunca la madrileña expresar estos conceptos tan claros y tan sencillos sobre el amor y que a ella le saben a cosa nueva.

Y cuando el muchacho, refiriéndose al porvenir, habla de lo que serán para él su mujer y sus hijos y del sentido fecundo que tendrá su vida, la voz de Chuchi se quiebra conmovida, porque algo se ha desgarrado en su alma.

—¡Tiene usted razón!... ¡Seguramente tiene usted razón! ¡La vida debe ser así!

Luego las madrileñas han querido acompañar a Isabel a la cocinilla, para ver cómo hace unos dulces para la cena. Y no se han reído de la parvulita, ni han considerado que es cursería hacer confituras y dulces caseros. Antes al contrario, no se hartan de probarlos.

—¡Anda! ¿Pues no están riquísimos estos buñuelos de viento? ¡Y pensar que en las pastelerías te llevan un dineral por una cosa inferior a ésta y que haciéndola en casa resulta tan curiosa y entretenida?

De pronto, Lili pregunta:

—Isabel, ¿cuando te cases, piensas vivir en el pueblo?

—¿Pues, dónde voy a vivir sino aquí?

—¿Y no te aburrirás contemplando siempre los mismos horizontes limitados de pueblo chico?

—¡Qué ocurrencia! ¿Cómo se puede aburrir una mujer que funda un hogar con el hombre a quien quiere? Con amor en el hogar no hay horizontes limitados, ni pueblo chico. Hay paz y gracia de Dios, que hacen que todo lo que vean las almas sea grande. Mira, será una bobada, ¿pero a que no sabes con lo que sueño? Con escuchar a un niño guapo que tenga y me diga: Madre, ¿cuál es el nombre de las estrellas?

«¿Cursi?»—se pregunta Chuchi.—¡Pero si ha dicho una cosa muy

bonita, una cosa de esas que llamaría Santa Teresa «poesía de la santa simplicidad»!

Y de nuevo se enciende otra lucecilla en el alma de la madrileña:
—¡Tienes razón, Isabel! ¡Seguramente tienes razón!

* * *

Con estas impresiones están las madrileñas como arrepentidas, cuando se traslada la tertulia al patio, en la noche tibia de primavera. El aire de esta noche es tan templado y tan blando y descende de lo alto un sosiego tan henchido de misteriosas dulcedumbres, que se dijera que hasta el aliento se hace más ténue, para no turbar tanta serenidad. Del huerto viene un aroma de higueras recién brotadas y de los establos un vaho de hierba caliente. Mugen blandamente las vacas. Los naranjos gotean lentamente su azahar y todo lo anega un perfume casi doloroso, a fuerza de ser innominado y penetrante.

Isabel y su novio cambian de vez en cuando palabras furtivas, sonrien, mirándose, y luego callan. Casi todos están temerosos de romper estas pausas de silencio, porque parece que se está mejor oyendo los latidos de la noche, esa soledad sonora que rueda magnífica en la inmensidad. Pero el silencio también duele y se clava como un puñal en el corazón de Chuchi, que acaba por suspirar, .

—Chuchi—exclama Isabel—callas mucho y has suspirado ahora. ¿Estás triste?

—¿Triste? ¿Por qué?

Pero reprime la comezón de un nuevo suspiro y por disimular su turbación, mira al cielo. Ahora la noche se torna en una altura iluminada cuajada de estrellas. Y siente Chuchi una honda y dulce melancolía, como si todo se refundiese en un vago anhelo de llorar.

—¡Cuántas estrellas!—dice por fin.—No había visto nunca tantas estrellas, Isabel.

—Son innumerables. ¿verdad? Y parecen eternas con su silencio. Esas que están por encima de ti son las Cabrillas. Mira a la derecha al Carro. Aquel lucero es Venus. Y esa estrella tan hermosa que ves a tu izquierda tiene un nombre bonito: se llama Sirio. Como ves, siempre ando ensayando mi lección para poder enseñársela a quien te dije esta tarde. ¡Pero qué tonterías te estoy diciendo! Lo que tú pensarás: cosas de niña boba... ¡Una bobada!

Mas ve que Chuchi está conmovida y dice con la voz mojada de lágrimas:

—Sigue, Isabel, por lo que más quieras, diciéndome bobadas de esas. ¡Una bobada! ¡Quién supiera como tú leer en el cielo!

Se oculta el rostro entre las manos. Ahora comprende que no son cursis la poesía y la sencillez de la vida. Ha venido ella a reirse de esta parvulita y se encuentra con que todas sus modernidades hechas de juegos calenturientos de frivolidad y este feminismo suyo tan a la última, tan deshumanizado, no valen lo que esta bobada de Isabel: soñar con un niño guapo que le diga madre y enseñarle el nombre de las estrellas.

ANTONIO REYES HUERTAS



ALBUM EXTREMEÑO: Plasencia. Fachada de la Catedral